

LA LINEA SCHULZE

BULGARIA

**CRONICAS
DEL FRIO**

**ENTREGA DE
TROFEOS 2006
Y HOMENAJE A
MARUJA MUÑOZ**

© MONTANEROS

V VETUSTA

75

DICIEMBRE 2007



Portada: Strashnuto Ezero,
el Lago Tenebroso
(Foto Carlos Barrio)

SUMARIO

EDITORIAL	1
NOTICIAS DEL GRUPO	3
LA LINEA SCHULZE	4
BULGARIA	12
CRÓNICAS DEL FRÍO	18
ENTREGA DE TROFEOS 2006 Y HOMENAJE A MARUJA MUÑOZ ...	23

EDITA

Grupo de Montañeros Vetusta
Viaducto Marquina, 4 33004 Oviedo
Teléfono 985 23 28 23

FOTOMECA Y FILMACION

MORES - Preimpresión

COORDINACION Y DISEÑO

Grupo de Montañeros Vetusta

IMPRIME IMPRASTUR

VETUSTA no se identifica necesariamente
con todas las opiniones aquí vertidas.

EDITORIAL

Han pasado unos cuantos años desde aquel mítico intento de subir al Mont-Blanc en colectiva para celebrar el cincuenta aniversario del Grupo. Año tras año hemos conquistado cumbres más modestas en las cordilleras más significativas de Europa, incluso alguna de América, y esperamos seguir en esta línea, unos cuantos años más. Las montañas búlgaras de los Parques de Rila y Pirin, con sus cumbres más emblemáticas como el Pico Musala (2925m), techo de la península de los Balcanes, y el marmóreo Vihren, entre otros, han sido el destino casi una cincuentena de vetustos este verano que se combinó con visitas culturales a monasterios, entre los que cabe destacar el de Rila, y ciudades cargadas de tradición y leyendas como Sofía y Plovdiv. En resumen, que los días se pasaron en un santiamén, pues la organización y desarrollo del viaje contó con una esmerada planificación que agradó a todos los que participaron en el mismo y que fue facilitada por Trekking BG Team a través de sus guías Martín Haralanov (Marto), Boris Vlaev (Bob) y Raicho Beshlenski (Rajata), complementada por los serviciales conductores de los autobuses Dimitar Zahov (Mitko) y Tony

Es de justicia felicitar a todos los galardonados con los trofeos GM Vetusta 2006, por su participación en las excursiones colectivas de ese año, así como a quienes recibieron un diploma recordatorio de haber ascendido su primer "dosmil" con el Grupo en sus colectivas.

Muy especialmente también queremos felicitar a Maruja Muñoz, a quien se le rindió, por acuerdo de la Junta Directiva, un merecido homenaje en reconocimiento a su prolongada y asidua participación a los múltiples actos que organiza el Grupo, especialmente a las excursiones colectivas. Ella fue además la encargada de hacer la entrega de trofeos y diplomas a los premiados. Desde aquí reciba un cariñoso abrazo compartido por todos los socios.

Ya sabéis que en el Parque de Invierno se encuentra la Casona de la Montaña, lugar muy agradable para celebrar todo tipo de reuniones, eventos y exposiciones, pues cuenta con salas y espacios habilitados al efecto, además de un restaurante-bar muy bien atendido a lo que se suma el privilegiado enclave natural en el que está situada. Animaos a visitarla.

Como es habitual, desde su instauración, el Grupo ha colaborado con la organización y desarrollo de la Marcha Senderista Ciudad de Oviedo del presente año y colaborará con la organización de la Semana de Montaña de Oviedo, que se celebrará la última semana de noviembre. Y es que es una prioridad del Grupo trabajar con todas las instituciones que propicien actividades para desarrollar y divulgar la afición por la práctica del deporte montaño.

En unos de los últimos números de la revista tuvimos la suerte de publicar la entrevista que Pedro Udaondo nos concedió. Sus declaraciones mostraban un hombre sencillo, amable, cariñoso y trabajador, enamorado de su vocación alpinística y montañera. Y que mantenía intacto su entusiasmo por la aventura de la escalada. Fue esta primavera cuando

nos despertamos con la mala noticia de su fallecimiento por accidente en el espacio natural de los Picos de Europa, camino de la Peña que había elegido ascender ese fatídico día. Su nombre quedará, sin duda alguna, indisolublemente unido a la historia del alpinismo español e internacional y especialmente a la crónica del Picu Urriellu donde abrió un gran número de vías. Por todo ello queremos mostrar nuestro pesar por su falta y adherirnos al duelo común que ha sentido el mundo montañero.

Al hilo de este triste acontecimiento queremos recordar que en ocasiones ciertos elementos a añadir a nuestro equipamiento montañero, asequibles en costo hoy día, pueden evitar o minimizar las consecuencias cualquier indeseado accidente.

Finalmente recordar que al acercarse el ocaso de un año más, tan proclive a desearnos todos los hombres y mujeres de buena voluntad felicidad y prosperidad, es también el momento para celebrar el Día del Socio, que como viene siendo habitual se celebrará en la sede del Grupo, este año el jueves día 20 de diciembre, donde esperamos contar con vuestra presencia. Asimismo recordaros que el domingo anterior, día 16, se colocará el tradicional Belén montañero en la cumbre de La Mostayal y se aprovechará para celebrar una comida de hermandad en algún restaurante cercano que nos den bien de comer.

Se inserta en este número el programa de excursiones para el próximo año, elaborado, como es costumbre, pensando en que todos los socios que habitualmente realizan actividad encuentren en él una variada y atractiva propuesta.

NOTICIAS DEL GRUPO

SUERTE A TODOS

Ya está disponible en el Grupo, como otros años, la Lotería de Navidad.

Este año el número es el **74.954**



Edelweiss. (Foto: Mercedes Suárez)

EXPOSICIÓN FOTOGRÁFICA

Última hora del Grupo:

Se encuentra instalada en el Grupo una exposición de fotografías de flores de Bulgaria, tomadas por los que este verano pasado fueron allí de excursión.

Gracias a los colaboradores y especialmente a Mercedes Suárez por idearla y organizarla.

Nuestro agradecimiento al Catedrático de Botánica de la Universidad de Oviedo (U.O.) D. Tomás Emilio Díaz González por realizar su identificación y descripción.



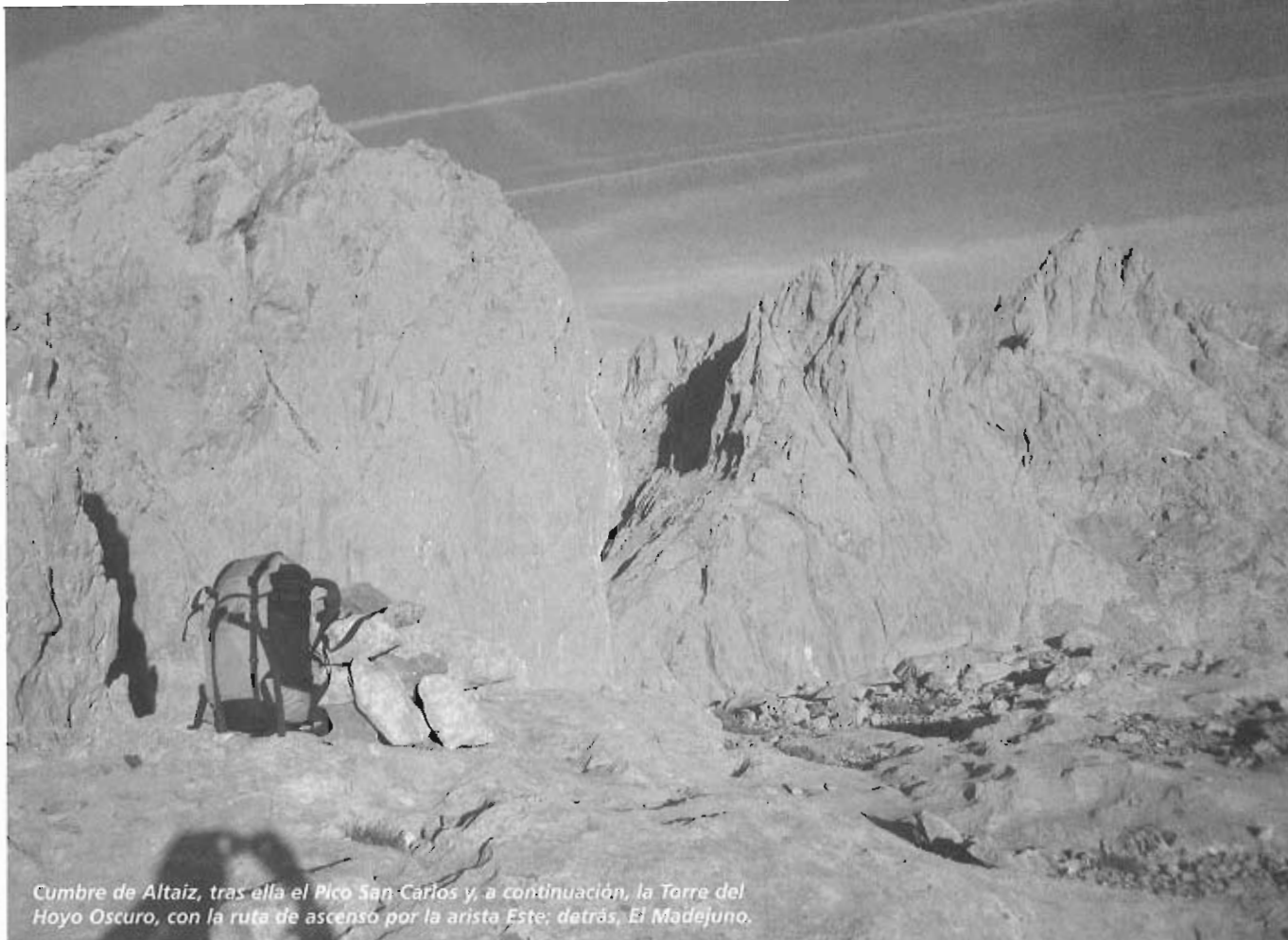
LA LINEA SCHULZE

Por Alfredo Iníguez
climbfred@hotmail.com

"Juegos de nubes extraordinarios. Una niebla ondulante viene desde el mar; envuelve la Torre Bermeja y penetra por la canal de Asotín hasta la Vega de Liordes. Las paredes que hay frente a mí se encuentran sumidas en la oscuridad. Todo son sombras y luces... Hay un mar de nubes y Peña Vieja reina sobre los jirones que salen de este mar silencioso introduciéndose por barrancos y hoyos."

(Gustavo Schulze,
de regreso a Lloroza tras
el raid del Tiro Tirso.
19 de septiembre de 1906).

*Brecha entre las dos cumbres
del Tiro Llago. Conformar la salida
del corredor Norte, que constituye
una magnífica actividad invernal.*



Cumbre de Altaiz, tras ella el Pico San Carlos y, a continuación, la Torre del Hoyo Oscuro, con la ruta de ascenso por la arista Este; detrás, El Madejuno.

El año pasado, a la altura del Llambrión, giré al suroeste y continué el periplo de la cresta a través de la altura de Casiano del Prado, para rematar en Minas de Carbón, descender a las Colladinas, y, de ahí, a Jermoso. En aquella ocasión, había partido del Madejuno y bauticé al recorrido como La Integral de los Pioneros, en honor de todos aquellos adelantados de los Picos que habían explorado aquel sector del Central. Pero, aquella misma tarde, de regreso a Verónica, y fumándome un cigarrillo con Mariano en las escaleras del refugio, le comentaba que la línea, la verdadera Integral del magnífico cordal, debía partir de Altaiz y doblar en el Llambrión al norte, a morir a las planicies descarnadas de la cimera de La Palanca. Aquel atardecer, me prometí a mi mismo intentar, al menos, ese recorrido maravilloso por el conjunto de las cimas más elevadas de los Picos de Europa.

Así fue que, a principios de agosto del año en curso, tenía preparados los trastos para plantarme en Lloroza y esperar el día adecuado. Día tras día, el mes fue desgranando jornadas de mal tiempo y yo demorando la partida, hasta que, definitivamente, el viernes 10, junto con un par de amables compañeros, Gaspar y Eduardo, que me habían solicitado para recorrer el Espolón de los Franceses,

arrancamos para Fuente De. Surcamos la gran clásica en la mañana del sábado. Las primeras nubes de evolución comenzaron a hilarse a eso del mediodía, a un ritmo que presagiaba una fuerte tormenta a la tarde. Desgraciadamente, en la Corona del Raso, habría de cobrarse la vida de un compañero. Como el accidente -también mortal- del día siguiente en el Torrecerredo, las malas noticias corrieron por Picos como un reguero de pólvora.

A media tarde, sobre las cinco, minutos antes de la descarga, nos despedimos con unas cervezas servidas impecablemente en la estación superior del teleférico por el incombustible Nacho. Gaspar y, especialmente, Eduardo, debían atender debidamente a la "matronal".

Y comenzó la semana de pasión del que suscribe.

Para realizar con garantías la Integral, debía contar con una jornada completa. No quería ni imaginarme que, quizá rebasado ya el Llambrión, una tormenta me obligara a plegar velas y descender de la cresta. Ni siquiera fue necesario ese cálculo: me había tocado "el agosto" y, a un día regular, le seguía otro peor. Tampoco quería levantar el sitio: te vas a Cabrones o a Urriellu a ver a los amigos, te quedas de tertulia a cenar y dormir, y amanece el día de la década.

Bajo las anteriores premisas fue pasando, a duras penas, la semana más aburrida que uno recuerda en montaña. Ni los paseos, ni las ascensiones por la zona en busca de algún encuadre para la cámara, acortaban las horas: cada jornada se estiraba hasta la extenuación. El martes, durante un par de horas, se desató un auténtico huracán y a punto estuve de retornar a la Villa de Jovellanos. Una joven y encantadora pareja catalana, Mari y Raúl, en su primera incursión piquista, aparecieron casi en el último instante por el vivaque e impidieron que huyera con el rabo entre las piernas.

Para el jueves auguraban mejoría y... amaneció de perros. Garantizaron después buen tiempo para el sábado. Definitivamente, puse el reloj para las cinco de la mañana del viernes 17 de agosto y dejé preparada la mochila.

Siempre me ocurre lo mismo: la noche antes de una actividad medianamente reseñable, duermo como un lirón. Para mí que es una defensa subconsciente, a ver si hay suerte y no me despierto.

A las cinco, sonó el indeseable. Me puse a remolonear. ¡Qué bien se está en el saco!

Y empezó a trabajar el Comeorejas. ¿Que no sabéis quién es? Un troll, un Trasgu... Un sinvergüenza que te susurra al oído: "Alfredo quédate un



Cimera de la Torre del Hoyo Oscuro. A mi espalda, en la zona del Madejuno, arranca el sector más técnico de la integral. También se aprecia el sector que, desde el Llambrión, rolando al Sur, llega hasta la Torre de las Minas de Carbón; es la parte final de la Integral de los Pioneros, realizada en el verano de 2006.



El Picu desde el Tiro Tirso.

poco más. Mira, ¡si aún es de noche!". Y, cuando cree que te tiene a su merced, te espeta de manera sibilina: "Total, si seguro que te cambia el tiempo a media mañana y tienes que darte la vuelta. No seas tonto y asegura. ¡No veas que buena predicción dan para mañana!". Ahí la pifió. Menudo bote pego, miro el reloj, y... ¡las seis y veinte! Y arrancó la máquina. En veinte minutos estoy vestido, desayunado y recuperado de la taquicardia provocada por el puñetero troll de los mon-

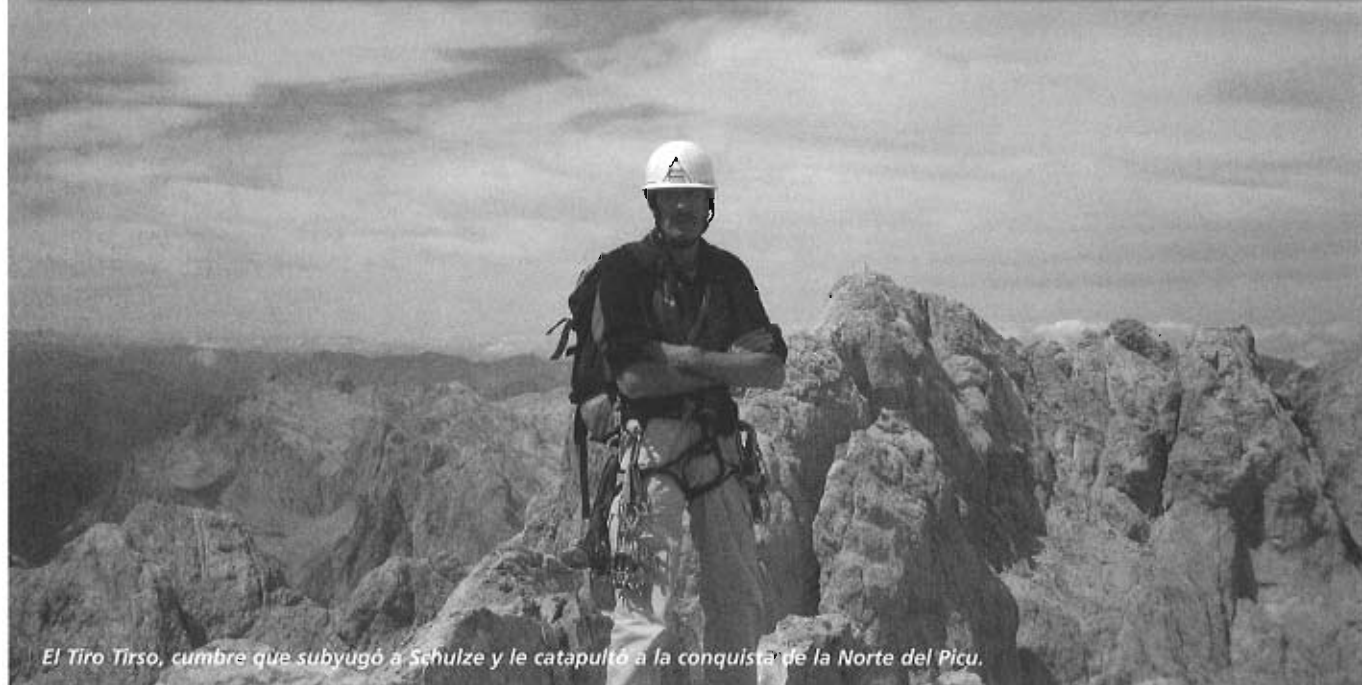
tañeros. Dejo recogido el vivaque y me permito el lujo de fumarme un cigarrillo mirando a Altaiz. A las siete y cuarto enfilo definitivamente hacia la Canal de San Luís. Cracs, cracs... Pero ¿qué demonios...? ¡Estoy pisando pura escarcha! "Bueno, en la línea del mes", me digo. Pintan oros, el amanecer perfecto y muy frío, el ritmo adecuado y la cabeza... La cabeza se va a pasear por su cuenta.

Por encima de los Hoyos de Lloroza se alzan las voces de los carreteros, las yuntas de bueyes descienden arrastrando las sólidas carretas rebosantes de mineral y se cruzan en los apartaderos con las que remontan pesadamente al cargadero de Fuente Escondida. Los quejidos del teleférico, que descuelga las cunas oscilantes hasta el collado, desde las bocaminas encaramadas en la planicie a media pared de Altaiz, silencian las órdenes de los capataces. De cuando en vez, una blasfemia corta como un cuchillo el aire de la mañana.

De pronto, y sin saber cómo, me veo en la canal de subida a la primera cumbre. Me doy cuenta porque aquello se empina y empiezo a bufar. O eso, o bajar el ritmo. Y bajo el ritmo. Tengo dos años, corre el siete de junio del año 64 y la cuadrilla de Udaondo (Goicoechea, Urones, Juan Villa y Rafa Fernández), están amarrándose con él a las cuerdas de pita, bajo la gran oquedad de la cara suroeste de Altaiz. Esta mañana, surcarán esa ruta por vez primera. Días después, el ocho de agosto, otros primeros espadas, los Palacio, Royo y Régil, remontarán el flanco noreste.

Cumbre. Los últimos cien metros de desnivel, los he subido por la cresta de la derecha de la canal; me divierte más trepar que subir por la pedrera. El sol de la mañana aún no calienta y la brisa enfría el sudor rápidamente. La espaldadera de la mochila también se lleva lo suyo. Le tiro una foto al macuto y, antes de quedarme tieso, con viento fresco, me largo al vecino San Carlos. En él, no puedo evitar echarle una foto más a la Torre Salinas: se distingue el hermoso trazado de la Casiopea. ¡Qué bonita clásica y qué poco se hace ahora! Desciendo por la cresta oeste hasta dar vista al ojal gigantesco que adorna el corredor norte, magnífica actividad invernal. Un poco más abajo, me tiro por un pedrero a la izquierda del espolón. Voy pensando en los cabineros del teleférico, algunos, buenos amigos. Vaya curro, todo el día de pie y hora tras hora, día tras día, mes tras mes y año tras año escuchando estoicos los mismos comentarios -cuando no sandeces- del "turisteo".

Y, claro, o estamos o no estamos. Piso mal, me resbalo, rectifico pero ya no me queda más que apoyar la palma izquierda en el canto mejor tallado



El Tiro Tirso, cumbre que subyugó a Schulze y le catapultó a la conquista de la Norte del Picu.

de la pedrera. Me paso el resto del descenso hasta la Horcada Verde, chupándome la sangre como un vampiro y llamándome gilipollas. Eso sí, en las horas que se avecinaban, no volvería a perder la concentración ni un segundo: menuda bronca que le espetó Alfredo a Fredín.

Desde la base del Hoyo Oscuro, se aprecia muy bien la subida por la arista este; aproximadamente a media altura, se distinguen dos corredores y seguí el de la derecha. A pesar del aspecto un tanto agreste, no supera en ningún caso el III grado y me resultó una trepada muy agradable y divertida. Todo lo contrario de la infame pedrera que conforma el descenso por la vertiente opuesta en busca de los Tiros de Casares.

Desde la cumbre se ve elegantísimo el Madejuno y ¡uff!... Qué larga la cresta que tiene detrás.

La prueba, al menos para mí, de que Udaondo se ha hecho inmortal, es que no puedo sustraerme a la idea de verle aparecer en cualquier instante, por cualquier vericuetto de sus Picos. Habíamos dejado a Pedro y a su banda de aguerridos en Altaiz aquel siete de Junio. Pues bien, en la misma jornada, se dirigieron al Madejuno y trazaron otra ruta por la pared norte. Uno de sus lugartenientes, Julio Villar, en compañía del excelente escalador Ángel Rosen, habían dibujado la Vía Original de la tapia, el otoño del año anterior, por el noreste.

Desde Casares, para coger la canal/chimenea que conduce a la cima del Madejuno, efectúo un flaqueo por la vertiente del Hoyo del Sedo. Un paso, algo expuesto, permite ganar el pequeño filo que conduce al inicio de la misma; ésta no ofrece

dificultad reseñable (IIº+) y se encuentra equipada con dos instalaciones para rápel. Una vez en la cumbre, me coloco el arnés con el material que llevo: unos friends –cuatro, para ser exactos- unas cintas, algún cordino y el reverso. Y me pongo el casco, que ya iba siendo hora. Me zampo una barrita, no las soporto, pero como para haber llevado plátanos, con una semana madurando. Y me fumo un Drum trompetero.

Veinticinco minutos después, y ahora sí, meto la directa y salgo a escape por la cresta a buscar el primer rápel. Mientras descendiendo por él, observo de reojo a alguien a la puerta de “Cabaña” y me acuerdo de Mariano, que se está partiendo la cara en Santander contra un cáncer. Ojalá le tumbes, amigo. Los Picos no son lo mismo sin ti.

Recojo la cuerda y voy en busca del



ANA MARGARITA GONZALEZ GARCIA

Médico - Dentista

CLINICA DENTAL

- TRATAMIENTO PREVENTIVO EN NIÑOS
- ODONTOLOGIA ESTETICA
- EXTRACCIONES
- ENDODONCIAS
- PERIODONCIA
- LIMPIEZAS
- PROTESIS
- EMPASTES

**c/ RAFAEL GALLEGO, 2 - 1º A
OVIEDO**

CONSULTA DE 9 A 21h. PREVIA CITA LLAMANDO AL 985 277 056

gendarme rojo, me espatarro del todo en la chimenea para que no se me atasque la mochila, pero no se qué me ocurre en ese paso que siempre salgo resoplando. El otro y siguiente teórico rápel, lo destrepa y continúo al Tiro Llago. Para ganar la cumbre oriental utilizo un espolón, verticalillo, pero precioso y con muy buenas presas; desde Verónica es muy plástico ver ascender a alguien por él. Destrepa a la brecha que separa las dos cumbres del Tiro y es la salida del Corredor -con las nieves, otra bella invernal- y por las placas que dan vista al Hoyo los Llagos, me elevo a la cumbre principal. Apenas diez minutos me lleva el descenso de esta torre, que conozco de memoria, cruzo la brecha Schulze y en seguida enfilo a coger la cresta de la Torre Blanca.

El Tiro Llago fue ascendido por vez primera una jornada de septiembre de 1891, por Paul Labrousche, Bernardo García, Francois Salles y Saint Saud, cuando pretendían coronar el Llambrión. Confundidos entre la encaimada, alcanzaron esta magnífica cumbre; no hay mal que por bien no venga, por lo menos, para estos incombustibles caballeros.

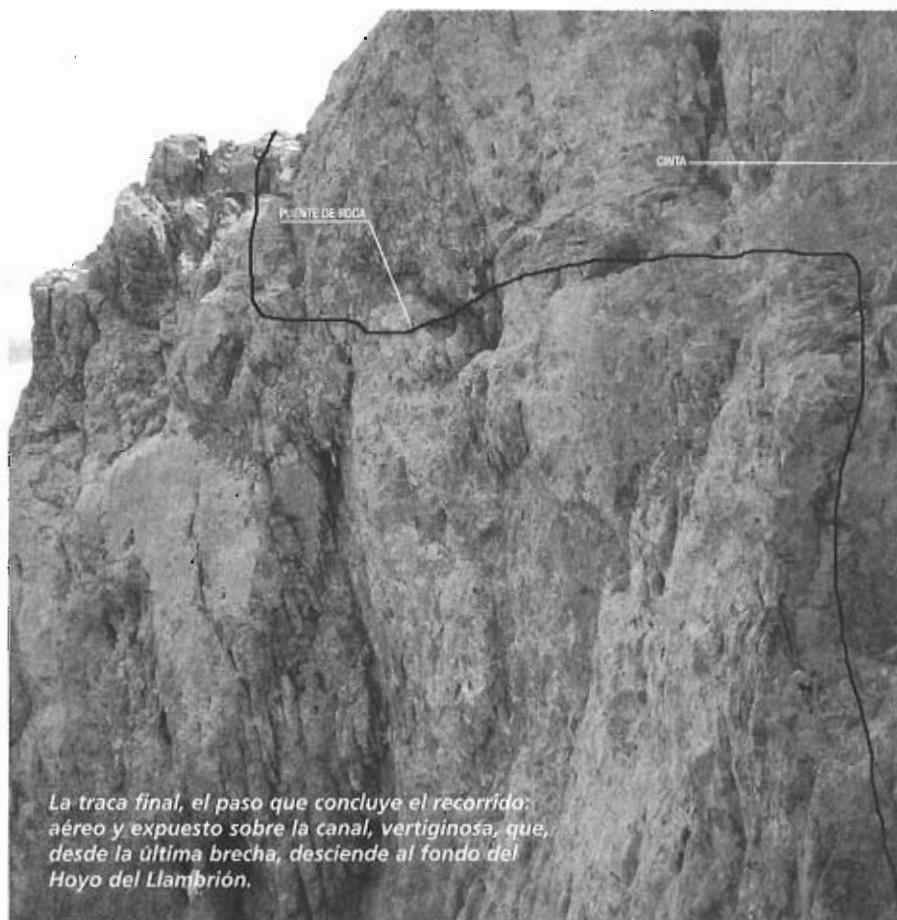
Rafa Fernández y Pedro surcaron la Arista Este el veintitrés de septiembre de 1963 en algo menos de tres horas. Bastantes años después, en el 2002, con un amigo francés, Sthepan Laurent, abrimos una tarde "La de Fransuá", una ruta limpia -solo con empotradores- a la derecha del trazado del Maestro.

La brecha para ganar el Hoyo de los Llagos vio pasar a la locomotora Schulze, de vuelta del Tiro Tirso, hará el diez y nueve de septiembre ciento y un años.

La arista que conduce a la Torre Blanca apenas tiene algún paso aislado de IIIº; durante esta subida me voy planteando seriamente aguantar el tirón hasta el Llambrión. Efectivamente, me detengo sólo el instante de hacer un par de fotos, y continúo a la Torre sin Nombre, que gano por el filo oriental (pasos de IVº-tremendamente aéreos). De nuevo se impone un rápel de casi treinta metros y toca negociar el Tiro Tirso. En el flanqueo de IVº, tras el rápel, me encuentro una cinta que abandoné el año pasado en un clavo que tiene la cabeza retorcida; seguro que



Sector de la crestería que desde el Llambrión, y por las Llastrias, nos conduce a la Palanca; no es excesivamente complicado, aunque, eso sí, está sazonado de pasajes muy aéreos.



La traza final, el paso que concluye el recorrido: aéreo y expuesto sobre la canal, vertiginosa, que, desde la última brecha, desciende al fondo del Hoyo del Llambrión.



Desde la cumbre de la Palanca, otra "Línea" que enamora: Cabrones-Torrecerredo. Se da la circunstancia, anecdótica, que mirando hacia ella y usando ligeramente la visión periférica, abarcamos a ver a los tres grandes: El Picu, el Torre... y la Reina.

le vino bien al personal. Otro pequeño resalte, de nuevo por la vertiente del Jou Tras Llambrión, con un buen patio entre los pies y a rendir pleitesía a Don Gustavo.

La primera ascensión a la Torre sin Nombre se atribuye en 1950 a Jordi Papió y Agustín Faus. Esta montaña, magnífico regalo de la geología y una de las Torres menos ascendidas de los Picos de Europa, se ha propuesto que comparta su nombre tradicional con el de Gustavo Schulze. Nuestro Saussure, nuestro Whimper, se merece sobradamente este homenaje
La primera al Tiro Tirso la efectuó Schulze en uno de sus "raids" más elegantes y completos. De esta ascensión, por la muralla Sur, contamos con el relato que dejó en su diario y en el boletín de su grupo alpino, lo que nos permite deducir el trazado por la pared. Dicho esto, la dificultad de la ruta está por investigar, puesto que, hasta el momento, por increíble que parezca, no contamos con alguna repetición contrastada y fiable. Personalmente, me atrevo a inferir del análisis de sus propias palabras que, si en su ascensión al Picu empleó dos horas y media y en el Tirso dos horas, a lo que podemos añadir una descripción un tanto tétrica para los pasos de las chimeneas en este último, donde emplea, entre otros, los adjetivos "difícil", "peligroso" y "escalofriante", me temo, a falta de una próxima exploración de la ruta, que debe de estar sazónada de bonitos pasos, seguramente, bordeando

el quinto grado. Por otra parte, asomando la nariz desde la cumbre a la Sur por las salidas de las chimeneas, el olfato confirma la anterior apreciación. Y, como no tenía suficiente, realizó el Pionero otra primera al destrepar la arista Oeste. Después subió al Llambrión y, de retorno, buscó el paso -anteriormente citado- por el Tiro Llago que le obligó a descender aquellos desventíos al Hoyo los Llagos, en los que, en algún punto por determinar, usó la cuerda.

Como decía hace un instante, tras asomar el apéndice nasal a las chimeneas, seguí los pasos del Maestro por la Arista Oeste y, situado en la base del Tiro Tirso, bordeé el contrafuerte Este del Llambrión por la derecha (unos treinta metros) y, a través de unas fisuras (IIIº + I IVº), alcancé la cresta (IIº) que nos conduce a la cumbre del mismo. Gracias al registro de la cámara digital, pude comprobar que de la cima del Madejuno al Llambrión había empleado poco más de tres horas; y del vivaque de Lloroza al mismo punto, siete horas quince minutos. La temperatura en la segunda torre de los Picos era más bien desagradable. Así y todo, di buena cuenta de un compañero de Integral: un carbayón (no era un "De Blas", era más bien de clase media). El cielo se estaba nublando, pero laminar, y, en altura, nada de "fuegos artificiales". Contando con los veinticinco minutos largos de asueto, me iría en busca de la Palanca sobre las tres de la tarde, no sin antes contaminar un poco el

aire.

En el año 1856, Joaquín Boquerín y Casiano del Prado alcanzaban la cumbre del Llambrión, bajo la premisa de que lo hacían en la cumbre más elevada de los Picos; previsores, desplegaron su material topográfico y hubieron de conformarse con el segundo lugar en el podium. El primer recorrido del Madejuno al Llambrión fue efectuado por Pedro Udaondo (como no podía ser menos), Jesús Rodríguez, Ángel Llorente y Arturo Fernández, en 1955.

Posteriormente, durante un campamento de la FEM, celebrado en Áliva en el año 1964, Félix Méndez, Antonio Guerra, Alberto Besga, Javier Burgoa, Ángel Landa y Luis Alejos lo realizaron en siete horas y cuarenta minutos, catalogándolo de IVº Superior.

Partí del Llambrión por la ruta de la crestería, que siempre me ha parecido más segura que el clásico flanqueo por la vertiente de Jermoso, en el que no pocos montañeros vuelven sobre sus pasos. Pocos minutos después, unos chavales que en aquel instante remontaban el Tiro Callejo, las únicas personas que tuve a tiro en la jornada, dieron la vuelta en el paso, y me dio bastante pena; aunque, por otra parte, tan importante como subir -o quizá más- es saber cuando retirarse. O, mejor dicho: uno sabe subir cuando aprende a retirarse.

Desde el Tiro Callejo se asciende cómodamente a la Torre de Las Llastrias, un tramo francamente agra-



El Jou Grande. Belleza con mayúsculas.



De izquierda a derecha: Torre Blanca, Torre Sin Nombre (o Torre de Gustavo Schulze) y Tiro Tírso. Estos tres "dosmilseiscientos", poseen una plástica excepcional, tanto en su recorrido integral, como en la visión que nos brindan, ora desde el Hoyo Tras Llambrión, ora desde el Hoyo Los Llagos.

dable y con cierta y particular belleza. Una vez superado el sector Llastrias/Llambrión, vuelve la Integral a doblar al Oeste, comenzando, en los últimos quince metros, un descenso bastante pronunciado que lleva a alcanzar la característica horcada rojiza que asciende del Hoyo del Llambrión, uti-

lizada en ocasiones como variante al Tiro Callejo. Este sector resulta un tanto delicado por lo empinado y por el estado de la roca.

Ganado este punto, se afila de nuevo la cresta y crece la exposición a la vez que la plástica; los pasos, bastante aéreos, se dejan hacer y nos conducen

definitivamente a los contrafuertes de la crestería Oriental de la Palanca. El primero de ellos, se supera con algún paso algo difícil. El segundo, y definitivo, lo flanqueé por la vertiente Sur, en un pasaje en travesía ascendente, delicado y expuesto, de unos veinte metros, que se abre sobre la canal que desciende al fondo del Hoyo del Llambrión, y que, a la postre, fue el único lugar dónde usé la cuerda -salvando los dos rápeles- a pesar de que mi amigo, el Comeorejas, insistía en que me lo daba bien sin asegurar.

Superado el resalte y en apenas cinco minutos, nueve horas y un cuarto después de haber partido de los Hoyos de Lloroza -eran las cuatro y media de la tarde- di con mis huesos en el balcón excepcional de la Palanca.

La regla general tras cumplir un objetivo es quedarse en blanco; como si a uno se le vaciara el alma. Sin embargo, en esta ocasión, no pude por menos que emocionarme por el regalo impagable que acababa de recibir. Había efectuado el recorrido solo, y no me refiero al aspecto meramente técnico, sino a la práctica y completa soledad que hoy en día es difícil de percibir en los Picos de Europa.

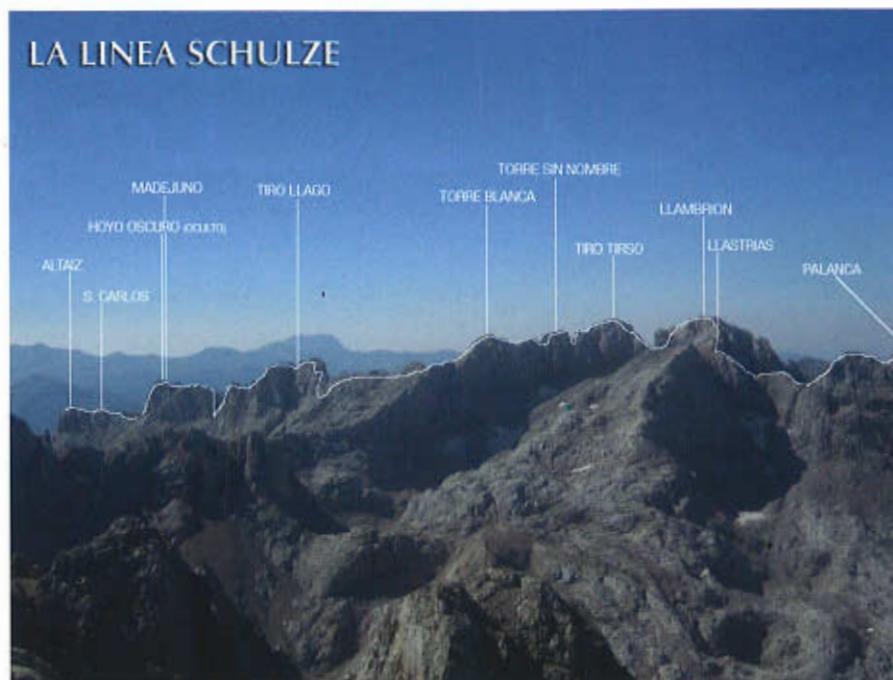
Me dio la impresión -que aún conservo a la hora de redactar estas líneas- que el homenaje que pretendía ofrecer al Maestro de solitarios me fuese devuelto, íntegro, en esta mágica e

inolvidable jornada.

Aún descendí a Jermoso; allí, el guarda más sacrificado de los tres macizos, tuvo a bien invitarme a unas cañas de barril, gloria pura. Ya de atardecer, cogí la senda de Las Colladinas y dirigí mis pasos por todo el sur de la Integral mientras el sol se deslizaba en un silencio, casi místico, por detrás de la reina Peña Santa.

El ocaso me cogió rebasada la Colladina de las Nieves, ya en San Luís...

Las linternas de petróleo iluminan tal que luciérnagas temblorosas los caminos de la mina. Los últimos bravos mineros descienden al campamento en animada charla. En él, alrededor de un fuego sencillo y noble, como ellos, un visitante de extraño acento, toma notas a lápiz sobre un cuaderno. Sobre la gran muralla ancestral de Peña Olvidada, Casiopea va prendiendo a sus estrellas



Integral Linea Schulze vista desde el Torrecerrodo.



Atardecer "patagónico" desde los Hoyos de Lloroza

BULGARIA

Texto y fotos Carlos Barrio

“Los valles están cubiertos de densos bosques de coníferas, con algún ocasional hayedo, en todos los cuales se pueden encontrar árboles imponentes por su tamaño, y que convertidos ya en bosques de pinos enanos y retorcidos, llegan hasta los 2300 ó 2400 m. de altura. Y el sector más occidental de las montañas de Pirin contribuye a hacer más variado el paisaje con lo que parece ser toda una curiosidad geológica: un largo espinazo de caliza tan blanca, pulida y resbaladiza como mármol, si es que no es mármol, que se levanta encima del zócalo de granito, en el que están el Vihren y sus cumbres vecinas y solo unas decenas de metros más bajas y que tienen un aspecto fantástico cuando se le ve desde lejos”.

La pared este del Vihren, una ruta clásica de escalada.

Este verano, después de la buena experiencia que tuvimos en Polonia el pasado, los habituales participantes en los viajes estivales del Vetusta decidimos ir a Bulgaria, para continuar conociendo las montañas de esos países de la Europa Oriental que su aislamiento durante muchos años detrás del Telón de Acero ha convertido en destinos un tanto exóticos.

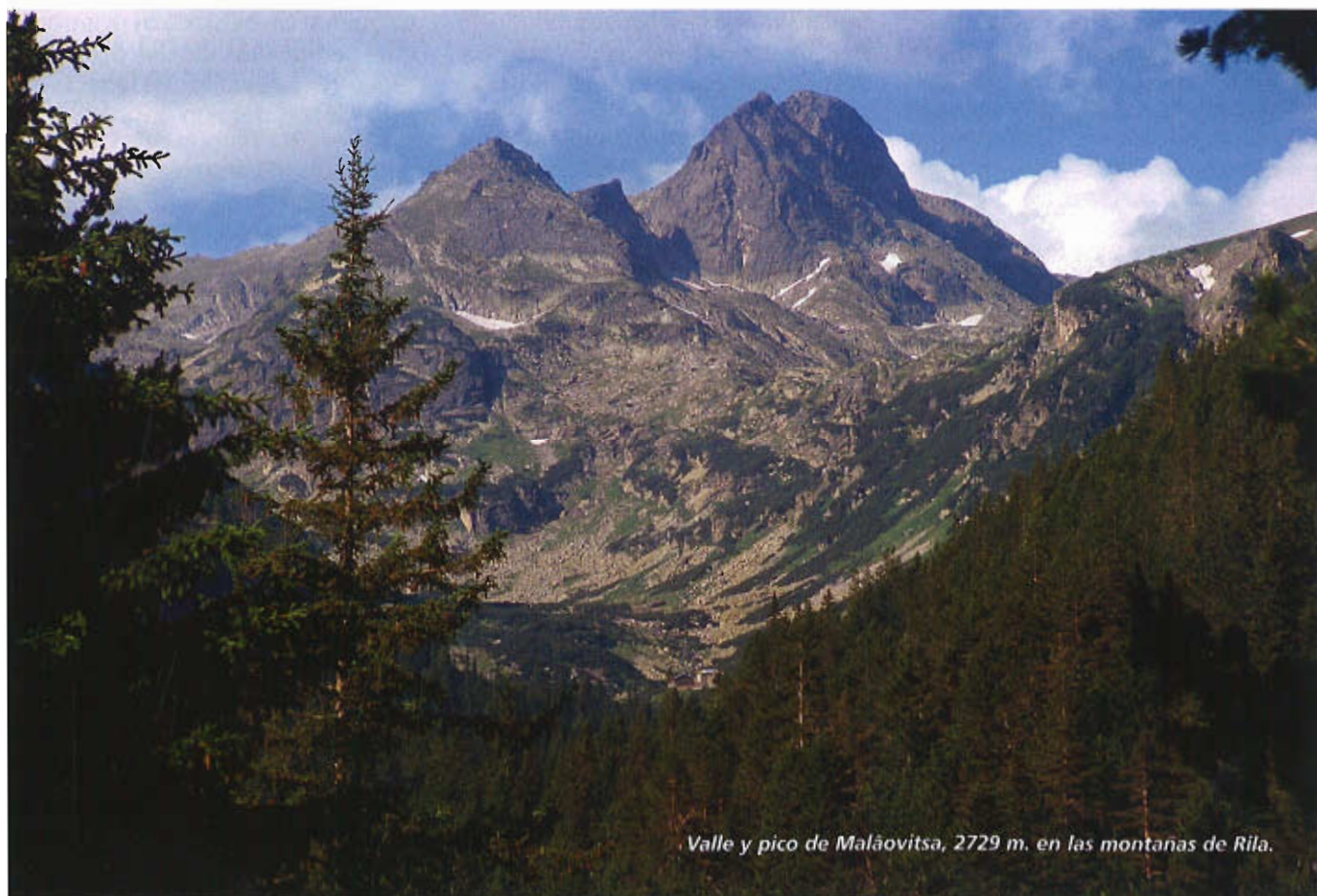
Antes de ir a Bulgaria nosotros teníamos más bien poca idea de cuáles y de que tipo eran las montañas que podíamos encontrarnos allá, así que dedicaremos la primera parte de esta contribución a la revista del Grupo, antes de pasar a relatar someramente qué fue lo que hicimos, a hablar un poco sobre esa cuestión que pudiera ser de utilidad para quien tenga interés en seguir nuestros pasos.

En Bulgaria hay esencialmente dos grandes cordilleras. La de los Balcanes, conocida por todo el mundo no tanto por ella sino por haber dado nombre a toda la Península Balcánica y utilizarse habitualmente como sinónimo de ésta, y la de los Ródopes.

Los Balcanes (una palabra de origen turco que significa simplemente "las montañas") son una larga y relativamente estrecha cordillera, de más de cuatrocientos kilómetros de longitud y treinta de anchura media, que con su extremo occidental en Serbia parte Bulgaria por completo en dos partes, constituyendo el límite meridional de la llanura del Danubio. A la principal de las dos alineaciones que forman los Balcanes en Bulgaria le llaman Stara Planina, la Montaña Vieja, y se eleva hasta los 2346 m. del pico Botev. Paralela a ella, al sur y

separada por varias fosas tectónicas, hay otra alineación de menor entidad que llaman Sredna Gora, los Montes Centrales.

Los Ródopes ocupan toda la esquina suroeste de Bulgaria, extendiéndose por Grecia al otro lado de la frontera. Dentro de los Ródopes los búlgaros distinguen lo que es propiamente el núcleo del macizo, que es al que dan ese nombre y que está formado por montañas antiguas y muy erosionadas cuyas máximas cotas superan por poco los 2100 m., y dos altas sierras periféricas situadas en su extremo occidental, la sierra de Rila y de Pirin, de carácter mucho más alpino y que albergan las que son, junto con el Monte Olimpo en el norte de Grecia, las mayores alturas de la Península Balcánica: el pico Musala (2925 m., en las Montañas de Rila), y el pico Vihren (2914 m., en las



Valle y pico de Malâovitsa, 2729 m. en las montañas de Rila.



Musala 2925 m. "El más cercano a Dios", la montaña más alta entre los Alpes y el Cáucaso.

Montañas de Pirin). Por los parques nacionales que hay en esas sierras discurrirán todas nuestras andanzas, y las de prácticamente todos aquellos extranjeros que van a hacer montaña en Bulgaria. En ellas se concentran todos los programas que se ofertan en Internet, y sólo los que son de una duración mayor a las dos

semanas que hemos estado nosotros en Bulgaria ofrecen ocasionalmente alguna incursión por el corazón de los Ródopes o por los Balcanes, que desde un punto de vista montaño parecen ser mucho menos atractivos. Porque las dos sierras por las que hemos caminado nosotros sí que son bonitas.

Ambas son macizos cristalinos, esencialmente de granito, salpicadas por una infinidad de lagos de alta montaña que siempre contribuyen a alegrar el paisaje. Aun cuando el relieve es menos abrupto que en otros macizos graníticos que hemos visitado en otras latitudes (Gredos, la Maladeta, los Altos Tatras del año pasado ...), lo



El lago del Rinón, en los siete lagos de Rila.



Los caballos, hicieron temibles a los jinetes bulgaros en la Edad Media.

que por otra parte tiene la ventaja de facilitar mucho el acceso a sus más altas cumbres, no por eso deja de haber magníficos paredones y cresteríos que pueden servir de fondo en las innumerables fotos que haremos a los incontables lagos. Los valles están cubiertos de densos bosques de coníferas, con algún ocasional hayedo, en todos los cuales se pueden encontrar árboles imponentes por su tamaño, y que, convertidos ya en bosques de pinos enanos y retorcidos, llegan hasta los 2300 ó 2400 m. de altura. Y el sector más occidental de las Montañas de Pirin contribuye a hacer más variado el paisaje con lo que parece ser toda una curiosidad geológica: un largo espinazo de caliza tan blanca, pulida y resbaladiza como el mármol, si es que no es mármol, que se levanta encima del zócalo de granito, en el que están el Vihren y sus cumbres vecinas y sólo unas decenas de metros más bajas y que tiene un aspecto fantástico cuando se le ve desde lejos levantándose por encima de las laderas totalmente cubiertas de pinos y abetos.

Nosotros fuimos en primer lugar a las Montañas de Rila, y en con-

creto a su sector noroccidental y el más interesante desde el punto de vista montañoso, el macizo del Mâlâovitsa. En Rila hicimos cinco excursiones:

1. El primer día fuimos a una serie de lagos (Strashnoto, Yonchevo, ...) situados bajo el que parece ser, por el aspecto que la sierra ofrece vista desde lejos, el más espectacular cresterío de todas las montañas de Rila. Sin pico, porque no estaba en el programa, pero no habría habido ningún problema para haber subido, y si alguien va naturalmente puede hacerlo, a una de las cumbres más características y visitadas de la zona, que tiene un nombre bien curioso: Golyam Popova Kapa: el Gran Gorro del Pope, 2704 m.

2. El segundo día subimos al Pico Mâlâovitsa, 2729 m., al que se sube sin problema ninguno salvando un desnivel de mil metros y que ha de ofrecer unas panorámicas magníficas, porque se ve desde todas partes. No podemos dar fe, porque llegamos arriba metidos en niebla y bajo la lluvia. Fue el único día que el tiempo nos trató de mala manera.

3. El tercer día cambiamos de aires, para irnos al sector oriental

de las Montañas de Rila, el macizo del Musala, a ascender a la que tal y como su nombre de evidente origen turco ("el más cercano a Dios") indica es el techo de la Península Balcánica y la montaña de mayor altura entre los Alpes y el Cáucaso. El Musala (se lee con acento en la "u") está justo encima de Borovets, la más importante estación invernal de Bulgaria, lo que tiene el inconveniente de que la zona está mucho más degradada que la del Mâlâovitsa y la ventaja de que un teleférico permite salvar mil de los mil quinientos metros de desnivel que hay del pueblo al pico, lo que convierte su ascensión en una empresa muy asequible. Curiosamente, es probable que porque la zona es menos bonita que la del otro macizo, no suele venir incluida la ascensión al Musala en los "trekkings" que se ofrecen por Bulgaria, y nosotros tuvimos que pedir explícitamente ir. No deja de ser cita obligada.

4. El cuarto día ascendimos a la que es probablemente la zona más bonita de todas las montañas de Rila, Sedemte Rilsky Ezera, los Siete Lagos de Rila, a visitar el circo en el que están esos lagos



Kawenitsa, 2.826 m., en las montañas de Pirin... con diecisiete lagos a sus pies.

uno encima del otro y a pernoctar en un refugio, Hizha Rilsky Ezera, el refugio de los Lagos de Rila. Conviene puntualizar que el refugio tiene habitaciones dobles, incluso con ducha, y que está mucho mejor que cualquier refugio que podamos encontrar en España. Porque debe de ser el único de toda Bulgaria al que le ocurra eso: los que habíamos visto en nuestras excursiones anteriores tenían un aspecto más bien deplorable, lo que hizo a bastante gente echarse atrás y decidir no subir a pernoctar al refugio.

5. El quinto día salimos del refu-

gio y pasamos a la vertiente meridional del macizo del Malâovitsa, para bajar por ella al monasterio de Rila, cruzando al final de un largo descenso de mil quinientos metros de desnivel un hayedo formidable. Visitamos ese monasterio, el más importante de Bulgaria (y probablemente después de los del monte Athos de toda la cristiandad ortodoxa), que es muy bonito y está en un emplazamiento precioso.

En el monasterio nos estaba esperando el autobús, que nos trasladó a Bansko, antaño un típico pueblo y hoy una estación inver-

nal en furibundo desarrollo, al pie de las montañas de Pirin, por las que hicimos otras tres excursiones.

1. El primer día un telesilla nos subió hasta el refugio Bezbog, a más de 2200 m., desde el que con poco esfuerzo subimos a la máxima cota del sector oriental de las montañas de Pirin, el pico Polejan (2851 m.). Una vista preciosa sobre toda la sierra, con el ya mencionado espinazo calizo colocado en lo alto del granito en su sector occidental.

2. El segundo día ascendimos al pico Todorka (2746 m.) que justo

enfrente del Vihren ofrece unas panorámicas formidables sobre éste, haciendo una larga e interesante travesía del refugio Vihren al valle situado inmediatamente a levante de cuyo nombre ahora no me acuerdo.

3. El tercer día por fin subimos al Vihren, y algunos al Kutelo, el pico contiguo por el oeste al Vihren y apenas ocho metros más bajo, poniendo fin a nuestras andanzas por las montañas de Pirin con la visita al pino más viejo (que se sepa) de Bulgaria, un bicho curioso de mil trescientos años de edad.

En Bansko dedicamos también un par de días a hacer turismo, visitando algunos pueblos típicos en la falda de la montaña de Rila y de los Ródopes (Dobarsko, Kovachevitsa, Leshten ...). Y por último desde Bansko nos desplazamos a Sofía. Estuvimos un día de turismo por la capital, mientras que otro algunos nos desplazamos a la segunda ciudad del país, Plovdiv, y otros aprovechamos para hacer una última excursión de monte ascendiendo al pico más alto del monte Vitosha, Cherny Vrâh, el Pico Negro, de más de 2300 m. de altura. El monte Vitosha es una montaña que está inmediatamente encima de Sofía, como el Naranco sobre Oviedo, pero ya se puede uno imaginar por la altura que de bastante mayor entidad.

Hicimos pues en total nueve excursiones por la montaña, excursiones de un desnivel, duración y dificultad similares a las que podemos hacer cualquier fin de semana en Asturias. Naturalmente, las hicimos los que quisimos. Todos los días hubo alguna alternativa o bien de turismo o bien de un paseo de menor duración para aquellos que lo prefirieron, lo que nos permitió a todos disfrutar de nuestra estancia en Bulgaria como más nos apeteció.



La pirámide de marmol del pico Vihren, 2.194 m. sobre los bosques de Pirin.

Y no quiero terminar sin dar las gracias a los guías y conductores de autobús que nos acompañaron allá en Bulgaria, que nos trataron tan bien y con tanta amabilidad que por mucho que buscamos nos fue difícil encontrar de que quejarnos. Si alguien quiere ir a Bulgaria en el mismo plan en el que fuimos nosotros, aprovecho

estas líneas para recomendarle encarecidamente que se ponga en contacto con ellos. El nombre de la agencia es Trekking BG, y el del encargado que vino con nosotros Martin Haralanov. En la sede del Vetusta os podrán facilitar su dirección de correo electrónico.

CRÓNICAS DEL FRÍO

Por Elisa Villa



Un 'molino', o sima abierta por el agua, en el helero del Jou Negru. Permite ver las características internas del hielo (azul y compacto), su estratificación (en capas anuales) y su considerable espesor. (Foto: V. Alonso)

Que el clima cambia es algo que los hombres sabemos desde hace relativamente poco, apenas siglo y medio, y, desde que este hecho se ha admitido, la ciencia se ha esforzado en reconocer las modificaciones que hubo en el pasado, tanto remoto como reciente. El último periodo de relativo enfriamiento, conocido como "Pequeña Edad del Hielo", terminó hace unos cien años y sus huellas todavía no se han borrado del terreno. Tanto en las montañas y pueblos de nuestra cordillera como en las crónicas históricas, aún podemos encontrar abundantes testimonios de esta etapa.

Después de una época cálida que se prolongó desde el siglo X al XIV, y que es conocida como *Óptimo climático medieval* (propició la colonización de Groenlandia y que el cultivo de viñedos se extendiese por Inglaterra), nuestro planeta entró en una etapa de enfriamiento generalizado cuyo comienzo algunos sitúan ya en el siglo XII. Tal enfriamiento se acentuó a partir del XVI y alcanzó su pico o punto máximo en los siglos XVIII y XIX. En la segunda mitad del XIX parece que



Inscripción en un sillar de la iglesia de Camasobres (Palencia), recordando una nevada excepcional producida en el año 1713. (Foto: A. Díez Riol)

la situación comenzó a revertir y, desde entonces, la tendencia ha sido hacia un calentamiento progresivo.

Este episodio de enfriamiento, denominado *Pequeña Edad del Hielo*, probablemente estuvo causado por una disminución de la actividad solar (bien documentada en los estudios astronómicos), a la que se sumó el efecto pantalla producido por las cenizas que arrojaron a la atmósfera los numerosos volcanes activos en aquellos años. Tal situación originó graves trastornos en las poblaciones de Europa, ya que muchas áreas sufrieron inviernos muy duros y, lo que es aún más grave, veranos muy cortos y fríos, provocando el fracaso repetido de las cosechas, la escasez de alimentos y, por tanto, hambre, desnutrición, enfermedades y emigración forzosa. Se ha citado, incluso, el desplazamiento hacia el sur de algunas especies marinas como el bacalao, lo que dejó sin recursos a los pescadores escoceses y a las factorías que habían instalado en zonas septentrionales, como las Islas Feroe.

En los Alpes y Escandinavia, las lenguas de hielo se extendieron de modo considerable, cubriendo zonas dedicadas anteriormente a pastos. El avance de los glaciares llegó a provocar el cierre y abandono de las minas de oro, propiedad del Arzobispo de Salzburgo, que existían en el Alto Tauern (Alpes

austriacos). Mientras, en los Pirineos, donde se supone que los hielos de las grandes glaciaciones ya habían desaparecido por completo, se formaron los glaciares de circo cuyos restos todavía perduran.

Una crónica, debida al párroco de Angers, población situada en la parte centro-occidental de Francia, resulta ilustrativa: *"La ola de frío comenzó el 6 de enero de 1709 y duró hasta el día 24. Las cosechas almacenadas se perdieron. La mayoría de las gallinas murieron de frío y lo mismo le ocurrió al ganado de los establos. Muchos pájaros, patos, perdices, y otras aves aparecieron muertas sobre la nieve helada que cubría los caminos. El hielo tronizó robles, fresnos y otros árboles de los valles. Las dos terceras partes de los viñedos desaparecieron. En Anjou no se recogió ni una sola uva y yo mismo no logré vino ni para llenar una cáscara de nuez"*.

Otros muchos inviernos han sido citados por su especial crudeza, como, por ejemplo, los de 1740 y 1788, a los que siguieron veranos muy fríos. La meteorología de 1788 fue la causa de la escasez de pan del año siguiente (1789), detonante de la Revolución Francesa. (Es el momento en el que, supuestamente, Maria Antonieta pronunció esta famosa frase: *"Si no tienen pan, ¿por qué no comen bizcocho?"*). El año 1816, de nuevo con un invierno durísimo y un verano muy frío, ha

sido llamado en algunos lugares de Europa *"el año sin verano"*.

Si todo esto ocurría en otros países europeos, ¿qué estaba sucediendo en el nuestro? O, quizá, la pregunta más interesante para nosotros puede ser ésta: ¿hubo algún reflejo de la *Pequeña Edad del Hielo* en nuestras montañas y hay todavía alguna evidencia de que la Cordillera Cantábrica y sus pueblos se viesen afectados? La respuesta es *"sí"* y éstas son algunas de las pruebas.

La difícil vida de los montañeses

En agosto de 1786, el médico y clérigo inglés Joseph Townsend, trasladándose de Madrid a Oviedo, cruzaba el Puerto de Somiedo. Las observaciones que realizó las recogió en su libro *"Viaje por España"*, en el que habla de las gentes que encontró en ese camino, de las rocas y de los fósiles, y en el que también dice esto: *"Quedé extraordinariamente sorprendido al ver en estas montañas, el 3 de agosto, nieve que aún no se había fundido..."*.

Townsend cruzaba la cordillera en pleno siglo XVIII, la etapa que todos los expertos están de acuerdo en señalar como la más cruda de la *Pequeña Edad del Hielo*. Tras dos siglos de tendencia continua a un endurecimiento del clima, en el XVIII se llegó a extremos tales que la vida en algunos pueblos, situados en lugares elevados y con recursos más bien escasos, debió encontrar graves dificultades para mantenerse. ¿Hubo algún despoblamiento por esta causa? Probablemente. La vastísima documentación sobre Ostón recogida en los libros *"En torno a la Peña Santa"* y *"La Garganta del Cares"*, de los que es autor Guillermo Mañana, demuestra que, al menos desde el siglo XVI, existió en este lugar un pueblo habitado de modo permanente. Un documento de 1573 recoge un acto del juez del Concejo de Cabrales, destinado a marcar con mojones los límites entre Cabrales y Valdeón, en el que toma testimonio a dos testigos que dicen ser vecinos de Ostón. Otro documento, éste de 1584, cita propiedades y heredades de ciertos vecinos de Ostón, lo que evidencia



El helero del Jou Negru, un vestigio de la Pequeña Edad del Hielo. Obsérvese la marca dejada por el hielo en las rocas y la altura de la morrena frontal, delimitando lo que, hace poco tiempo, todavía era un pequeño glaciar de circo. (Foto: E. Villa)

que el origen del asentamiento tenía que ser bastante anterior a esa fecha. Diversos documentos más señalan que Ostón seguía habitado durante el siglo XVII. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, aparece ya despoblado. Ningún documento explica las causas de su abandono, pero, considerando la altura que tienen en Ostón las posibles tierras de cultivo, no hay duda de que unas condiciones adversas, repetidas año tras año, harían que allí fuese muy difícil la subsistencia; por tanto, es muy posible que la dureza extrema del clima en la primera mitad del siglo XVIII provocase en Ostón las mismas consecuencias que en tantos lugares de Europa. Otros pueblos de los Picos de Europa se despoblaron también por la misma época, como sucedió con Culiembro (¿fue un pueblo o eran los invernales de Ostón?) y con Muniama, situado este último cerca de Arenas de

Cabrales y del que dicen las crónicas recopiladas por Mañana que estaba *"abierto a todos los vientos"*.

De la reducción que la nieve causó en los terrenos dedicados a pastos es buena lo que dice el cura Juan Bernardo de Mier en su descripción del concejo de Cabrales (1801), en la que señala que en Sotres *"tienen algún puerto, que se llama Las Moñas, de tanta elevación que sólo en septiembre y con buen tiempo se puede habitar en él, que hasta esa fecha lo impide la nieve"*. El mismo documento afirma que en ese pueblo *"nieva tanto que algunos inviernos se puede subir a los tejados por encima de la nieve"*.

Las condiciones climáticas afectaron gravemente a la ganadería y la agricultura, registrándose una dramática disminución de la producción que llevó a muchos pueblos a la necesidad de tener que comprar grano suplementario para combatir la

hambruna. De estos hechos vuelve a dejar detallada constancia el libro *"La Garganta del Cares"*, en el que leemos que Caín debió recurrir con frecuencia a la compra de trigo o centeno, con el consiguiente endeudamiento de los vecinos; y que, entre 1752 y 1786, la cabaña ganadera de este pueblo se redujo nada menos que en un 41%. El concejo de Valdeón, mucho más rico que Caín, tampoco se vio libre de penurias, ya que, según diversos documentos localizados por Guillermo Mañana, los valdeones se vieron obligados a comprar trigo al menos en los años 1730, 1748, y 1801, señalando que, en todos los casos, tal cosa fue necesaria *"debido a lo calamitoso o estéril del año"*.

Crónicas de tiempos fríos

Pero, ¿cómo serían realmente aquellos inviernos de la Cordillera Cantábrica? ¿Hasta qué punto la



Estratificación en el helero del Llambrión. (Foto: V. Alonso)

nieve acumulada pudo llegar a ser un problema en las aldeas de montaña? Un inesperado documento en piedra suministra algo de luz en este sentido. Hace unos dos años, paseando distraídamente por Camasobres (pueblo palentino cercano al Puerto de Piedras Luengas), me acerqué hasta la iglesia, en cuyos muros exteriores llamó inmediatamente mi atención un sillar en el que se podía leer esta inscripción: "Año 1713 a 16 de febrero comenzó a nevar. Hizo eso hasta 29 de abril. Este día 12 varas". El dato, visto con la perspectiva actual, es asombroso: indica que estuvo nevando ininterrumpidamente más de dos meses, y que, a finales de abril, la nieve había alcanzado una altura de... ¡diez metros! ¡Qué pesadilla, qué lucha sin descanso debieron mantener los vecinos de aquella aldea (y de tantas otras de la montaña cantábrica) para evitar que sus viviendas quedasen sepultadas! Verdaderamente, aquél debió ser un invierno dramático.

La información anterior nos remite de nuevo a la primera mitad del siglo XVIII, el momento álgido del periodo de enfriamiento que nos ocupa. Pero las grandes nevadas (al menos, en comparación con los tiempos actuales) habían comenza-

do mucho antes. No otra explicación debe tener el que, ya en el año 1674, los habitantes de Caín, reunidos en concejo público, acordasen multar a quien no acudiera en ayuda de un convecino si alguna casa fuese destruida por "algún argayo de nieve". Que hubiesen llegado a establecer un castigo al vecino poco solidario, revela que tal desgracia no debía constituir un hecho demasiado raro. Años más tarde, un documento relacionado con Tielve afirma que "de los Puertos de Era suelen bajar montes de nieve en polvo que llegan a las casas y arruinan algunas con sus habitantes". Y otro documento de 1800 señala que, en Bulnes, "no hay en las casas ni en la iglesia sitio seguro, porque en los inviernos pueden caer montes de nieve que arrancan los árboles y cuanto encuentran". (Todos estos datos proceden del libro "La Garganta del Cares", de Guillermo Mañana).

De una región cercana a los Picos, la comarca leonesa de La Reina, disponemos de un testimonio admirable y sobrecogedor: el relato efectuado por el clérigo liberal Juan Antonio Posse, párroco de Llánaves de la Reina entre 1794 y 1798, quien cuenta en una crónica retrospectiva múltiples aspectos de la geografía,

el paisaje y la vida de aquella aldea. Entre ellos, describe la frecuencia y fuerza de los aludes, a los que llama "neveros": "En la Hoz y en el pueblo mismo suelen caer neveros que sepultan a las gentes que coge y las casas donde bajan. A la extremidad del valle de Naranco, hacia el lugar, había un molino, al cual un nevero que bajó de la otra cuesta, arrancó de sus cimientos y lo puso más de veinte pasos en la cuesta todo entero. Antes de mi ida habíase desprendido otro sobre el lugar y arruinado cinco casas, muerto algunas personas, y a otras han sacado moribundas debajo de la nieve después de dos o más días de excavaciones. El año siguiente de mi salida, subiendo a la Ventera dos mujeres que traían vino para el concejo el día de los Reyes, las sorprendió un nevero y sepultó para siempre a la una, y la otra no pareció hasta el día o la víspera de San Juan que se halló sentada sobre la nieve".

Todavía a mediados del siglo XIX, la Pequeña Edad del Hielo seguía produciendo nevadas que hoy llamaríamos excepcionales, nieve que, en buena parte, se mantenía en las montañas durante largo tiempo. Debió ser una gran nevada la que, en una fecha no determinada con total seguridad (Guillermo Mañana considera probable que fuese la del 4 de febrero de 1857) desencadenó en un mismo día dos grandes aludes en Carombo, aludes que se llevaron por delante siete vidas. Tres meses tardaron en quedar descubiertos los cadáveres.

Datos concretos son también los que nos dejan el geólogo Casiano de Prado y su acompañante el paleontólogo francés Edouard de Verneuil cuando conquistan la Torre de Salinas. La fecha de la ascensión es el 28 de julio de 1853, es decir, ya en pleno verano. Sin embargo, Prado cuenta en sus escritos que, debido a la nieve existente, la escalada les ofreció bastantes dificultades, y que, al bajar, aprovecharon las laderas nevadas, cuando éstas no tenían mucha pendiente, para dejarse deslizar por ellas. Con todo, el comentario más sorprendente es el de Verneuil, cuando revela que, en tal fecha, la vega de Liordes



La majada de Ostón, lugar donde se asentaba un pueblo abandonado en el siglo XVIII. (Foto: E. Villa)

todavía se encontraba completamente cubierta de nieve.

Tres años después, el 12 de agosto de 1856, Casiano de Prado vuelve a los Picos y realiza la primera ascensión a la Torre del Llambrión, subiendo por la vertiente nordeste. Su relato no deja ninguna duda acerca de cómo era el Jou Tras Llambrión en aquella época: una pendiente de nieve helada, de principio a fin. El geólogo dispone *"que uno fuese delante, haciendo peales con un martillo, pues si alguno se escurriese no se sabe dónde iría a parar. En aquel nevero sería imposible bajar como tres años antes había hecho con mis compañeros de viaje, no sólo por la inclinación que ofrecía, sino porque no se alcanzaba a ver dónde y cómo acababa"*. Y a continuación describe la estructura interna del nevero, en la que advierte capas de distintas épocas *"como se ve en los Alpes"*. ¿Está Casiano de

Prado describiendo las características del hielo de un glaciar?

Los últimos glaciares

Efectivamente, la observación de Casiano de Prado deja en el aire una pregunta: ¿había glaciares en los Picos a mediados del siglo XIX? No sólo Prado sugiere tal cosa: el conde de Saint-Saud, que visitó los Picos de Europa a finales del XIX y principios del XX, o el geólogo Gustavo Schulze, que hizo lo mismo entre 1906 y 1908, hablan directamente de pequeños glaciares. Y los sitúan en lugares como el Jou Negru o el mencionado Jou Tras Llambrión.

Algo más tarde, en 1914, un estudioso de la historia y la geomorfología, el alemán Hugo Obermaier, recorre los Picos buscando huellas de glaciario antiguo, huellas que encuentra en abundancia. Sin embargo, rechaza la afirmación de Saint-Saud de que existan glaciares

modernos, ya que, en su opinión, los neveros de los Picos sólo contienen pequeñas masas de 'hielo muerto'. (Obermaier desconocía la cita de Schulze, puesto que los trabajos de este último permanecieron ignorados durante casi un siglo).

Y con la opinión de Obermaier se quedó la ciencia durante prácticamente todo el siglo XX. Sin embargo, en la última década de este siglo, una serie de trabajos, publicados por Juan José González Suárez y Victoria Alonso, vinieron a modificar sustancialmente nuestra percepción de la naturaleza de los heleros de los Picos (al menos, de alguno de ellos). Aprovechando años muy secos de la década de los 90, en los que al llegar el otoño la nieve del invierno anterior había desaparecido casi por completo, González Suárez y Alonso estudiaron varias acumulaciones de hielo azul que quedaron al descubierto al pie de algunas

paredes norte de los Picos, en los macizos Central y Occidental. Y encontraron que, aunque actualmente no se detecte en ellos ningún desplazamiento o flujo glaciar, son residuos de verdaderos glaciares de circo que existieron en tiempos relativamente cercanos. Estos *heleros*, como son denominados por los especialistas, se han detectado en varios puntos, tales como la cara norte de la Torre de la Palanca, grupo Torre Blanca-Llambrión, Los Campanarios, La Forcadona, etc. El mejor ejemplo de todos lo proporciona el helero del Jou Negru, situado al pie de la cara norte del Torrecerredo. Su origen glaciar queda demostrado por las características del hielo: notable espesor (hasta 14 metros), existencia de estratificación, coloración azul y densidad relativamente alta (por compactación y pérdida de aire). A

todo ello se une el hecho de que en su frente exista una morrena que contiene cantos pulidos y estriados, claro indicio de que han sufrido transporte por el fondo del glaciar. Hoy día parece claro que durante la *Pequeña Edad del Hielo* no sólo volvió a haber glaciares en los Pirineos sino que éstos también regresaron a los Picos de Europa. Aún tenemos la suerte de contemplar sus restos, pero, dada la velocidad a la que se van reduciendo, todo indica que esto será por poco tiempo: la *Pequeña Edad del Hielo* se aleja rápidamente de nosotros.

Quizá los lectores se estén preguntando si el calentamiento con el que finalizó la *Pequeña Edad del Hielo*, de carácter natural, no deba considerarse, sin más, como el responsa-

ble del tan debatido cambio climático de nuestros días. Para responder a esto, hay que remitirse a los expertos en estas materias: para ellos, fundamentados en múltiples estudios, no hay duda de que el calentamiento natural del clima, que comenzó en el siglo XIX, está siendo dramáticamente incrementado y acelerado por la actividad humana, llevándonos a unos ritmos de modificación tan rápidos como quizá nunca los hubo en los últimos milenios de la historia de la Tierra.

Agradecimientos.

Mi gratitud a Victoria Alonso, Alejandro Díez Riol, Jesús Longo y Guillermo Mañana, quienes me ayudaron a encontrar los datos y las fotografías utilizadas en este artículo.

ENTREGA DE TROFEOS 2006 Y HOMENAJE A MARUJA MUÑOZ

El pasado 31 de mayo de 2007 se celebró en la sede social del Grupo, la tradicional entrega de trofeos G. M. Vetusta, que tienen por objeto reconocer la participación de nuestros socios en las excursiones colectivas del año, entregándose este día las del año 2006.

Se aprovecho este acto, como ya hicimos el año pasado y como se hará en futuras ediciones, para rendir un merecido homenaje en este caso a nuestra socia Maruja Muñoz, en reconocimiento a su asidua y prolongada participación, desde hace muchos años en todos los actos organizados por el Grupo y, especialmente, en las excursiones colectivas. La homenajeada, además de recibir un entrañable recuerdo, fue la encargada de entregar los correspondientes trofeos, en sus diferentes categorías, a los nueve galardonados y los diplomas acreditativos de haber ascendido su primer "dosmil" con el G.M. Vetusta a otro buen número de socios.

La velada, que resultó realmente entrañable, se cerró con la participación de todos, galardonados y asistentes al acto, compartiendo un "pincheo".

Cabe finalmente añadir, al hilo del fondo de este acto y a tenor de la creciente participación en las excursiones colectivas, que parece que se está acertando en su programación y organización. Que se continúe así.

Los galardonados con los trofeos G.M. Vetusta 2006 fueron:

CATEGORÍA ORO

Bernardo de la Cuesta con **84.998** puntos • Luis Fernández Velasco con **75.705** puntos y Pilar Cabello Valle con **64.565** puntos.

CATEGORÍA PLATA

Alberto Espeso Forcen con **60.322** puntos • Ana María Artabe Cabeza con **59.106** puntos y Eduardo Bermejo García con **51.922** puntos

CATEGORÍA BRONCE

José Luis Valcárcel Gutierrez con **49.097** puntos • Manuel Marcos Cambor con **48.110** puntos y Almudena Herrero Diosdado con **42.427** puntos

RECIBIERON DIPLOMAS POR SU PRIMER "DOSMIL" CON EL G.M. VETUSTA EN SUS COLECTIVAS

Sofía de Uzquiano • Jesús M^a González Llavona • Tomás Fernández Méndez • M^a Estela Rodríguez García • Ovidio San Martín González • Rosa Elisa Alvarez-Requejo Pérez • Tomás Ibáñez Alvarez • Daniel Muñoz Crespo • Pablo Fernández Cañón • María José García García • Eduardo Bermejo García • José Luis Fernández Fernández • Rafael Casares Alvarez • Francisco Martín Alvarez • Eva Segovia García • Víctor Manuel Arias Blanco • Mónica Pérez Estévez • Ángela Abella Feito • Francisco Peláez Parra • Adela Ania Tamés • Aurelio Martín Zapico • Ignacio Gutierrez Pedregal y Juana Fernández Pola.



Un recuerdo del homenaje a Maruja Muñoz. (De izquierda a derecha: Ana Artabe, Maruja Muñoz y Bernardo de la Cuesta.)



hospedería del
PEREGRINO
real sitio de Cobadonga

Tfno. 985 846 047